

# Los politólogos en Quebec

◆  
CRISTINA PUGA

1º de agosto de 2000

En una dinámica avasalladora, la lógica de los mercados se impone a las consideraciones de los gobiernos, los titubeos de los productores y los deseos de la gente común y corriente. Las grandes compañías avanzan incontenibles a través de fronteras y rebasan limitaciones regionales con la promesa de la mano bienhechora de Adam Smith.

¿Cuál debe ser el papel de los gobiernos frente a ese avance de la llamada globalización? ¿Deja este movimiento mundial algún espacio para mantener la identidad regional o nacional? ¿Quién toma finalmente las decisiones en este nuevo mundo globalizado? ¿Cómo garantizar simultáneamente la libertad y la igualdad social?

Para responder las anteriores preguntas y plantear muchas otras más, alrededor de dos mil politólogos de todo el mundo se reúnen hoy en el XXX Congreso de la Asociación Internacional de Ciencia Política (IPSA) que, bajo el nombre de Capitalismo mundial, coordinación social (*governance*) y comunidad, pretende justamente reivindicar el papel de la política frente al imperio de la economía. Objeto de interés de esta reunión de especialistas de la política son las fronteras, soberanías, gobiernos y regímenes nacionales, construcciones políticas cuyos cimientos parecieran tambalearse ante el empuje de las nuevas reglas de intercambio internacional.

Acusada más de una vez de ser el brazo conservador de la teoría social, la ciencia política reclama hoy enérgicamente su lugar y exige el regreso a una realidad en donde las decisiones políticas tengan asiento en el aparato diseñado por la sociedad para hacerlo: llámese Estado, gobierno o instituciones políticas; éstos tienen aún, como dijo Weber, el

monopolio legítimo de la violencia y, con él, el del poder sobre una sociedad que hoy se debate entre la necesidad de obtener más y más satisfactores y el reclamo de una mayor libertad de acción y un papel más activo en la formulación de las políticas.

Al mismo tiempo, la globalización, la regionalización y la presencia de nuevos actores políticos, en particular las llamadas ONG (organizaciones no gubernamentales), plantean problemas inéditos a los gobiernos y los obligan a reorientar su funcionamiento y a construir nuevas instituciones de carácter nacional e internacional. La necesidad de conciliar el legítimo derecho de participar, que corresponde a los grupos sociales, con una realidad que, encarrilada en el movimiento globalizador, avanza hacia un individualismo feroz, en donde el mercado y las decisiones basadas en la mayor ventaja predominan sobre toda otra consideración, obliga a trazar nuevos caminos de organización y actuación política. Revalorar los derechos humanos compromete a concebir originales formas de acción que los garanticen y no vulneren otros derechos o requerimientos de la comunidad.

Ted Lowy, presidente saliente de IPSA, señala las contradicciones del nuevo siglo ante el público que acude a la inauguración en el Palacio de Congresos. Inauguración acartonada, llena de discursos y de caravanas destinados a las autoridades de Quebec que dieron las facilidades para la celebración del congreso. Entre las innumerables alocuciones, incluida la de la canadiense Francine Fournier, anterior presidenta de IPSA y directiva de la Unesco en el área de derechos humanos, destaca solamente la conferencia breve y contundente de Lowy, por su inesperado radicalismo en contra de la teoría de la elección racional y de la tendencia a reducir funciones de las instituciones gubernamentales

en nombre de la libertad de empresa. No es posible suponer que el bienestar social ocurrirá inevitablemente —argumenta Lowy— si cada hombre elige lo que más le conviene, sin reparar en los otros. “Separemos a la ciencia política de la economía. ¡Devolvámosle su objeto de estudio fortaleciendo nuevamente a los gobiernos en el siglo que se inicia! Volvamos la mirada hacia las comunidades y su necesidad de organización y convivencia armónica.”

La reunión se lleva a cabo en la ciudad de Quebec, que se resiste no solamente al mandato de los mercados, sino al de la modernidad. En el elegante Chateau Laurier, donde nos hospedamos una parte de los congresistas, los tiempos de atención son lentos y los empleados no saben hacer una llamada de larga distancia. Debo esperar más de una hora en el vestíbulo, convertido artificialmente en refrigerador gracias al aire acondicionado, mientras limpian un cuarto que no es el mío porque equivocaron la reservación. Pero la gente es amable y cordial. Ya te hable en su francés áspero o en un inglés champurrado, es sonriente, cortés y bien parecida —esto último probablemente a consecuencia de la combinación franco-inglesa—. La lentitud en el servicio, el recatado aspecto de las empleadas y, como lo advertiremos luego de un rato, el ritmo veraniego y plácido de la ciudad simplemente son un recordatorio de que ésta es la verdadera provincia canadiense, lejos del ajetreo de las grandes ciudades.

El Internet, las noticias internacionales y el mismo encuentro de politólogos que se realiza bajo el techo del enorme Palacio de Congresos de esta capital palidecen frente al entusiasmo que despierta en la población local el inicio del festival de la Nouvelle France, acontecimiento que reúne a granjeros de toda la región, escolares, oficinistas, familias enteras que con atuendos del siglo XVII desfilan alegres por las calles adoquinadas del Quebec viejo. Una banda militar compuesta por tamborileros ataviados con tricornos y casacas rojas abre el paso a grandes monigotes cargados por monjes con hábitos y linternas, señoras con encajes, hombres de bien y pastorcitas de cuento de hadas que, tras un interminable desfile, se reúnen en la parte baja de la ciudad para escuchar el discurso de apertura a cargo del alcalde de la misma. Prudente, monsieur L'Allier se limita a agradecer a los diversos gremios, sindicatos y asociaciones que colaboran para la fiesta y con ello a la promoción del turismo, que proporciona importantes ingresos a Quebec. Corresponde a un diputado quebequense dar la nota nacionalista y recordar a los presentes que la provincia libra una lucha que no será detenida en contra de las grandes compañías trans-

nacionales, en contra del capitalismo, en contra de las decisiones del gobierno central y, por supuesto, en favor de la separación de su territorio del resto de Canadá.

## 2 de agosto

Justamente la tendencia de las regiones a atrincherarse defensivamente en contra de la globalización y de los gobiernos centrales ha sido destacada por el presidente de IPSA, quien, preocupado, alerta acerca de esa forma de oposición regional que, fundada en una distancia antagónica respecto del gobierno nacional, deriva frecuentemente en mejores y más fáciles condiciones para la entrada de los grandes capitales. A lo largo de los cinco días que dura la reunión de los politólogos, éste será uno de tantos temas que preocupan a los cerca de tres mil delegados que pueblan no sólo el Palacio de Congresos, sino las calles, tiendas y restaurantes de la ciudad. Los cinco grandes subtemas del congreso son elocuentes: Globalización, soberanía y legitimidad; Ciudadanía, valores e identidad; Instituciones, intereses y políticas públicas; Política mundial, medio ambiente y desarrollo, y Teoría, conocimiento y tecnología.

El concepto clave es el de *governance*, palabra sin traducción exacta al español (algunos la han interpretado como ‘coordinación social’, expresión que empleamos al comienzo de este escrito) que se ha usado en el ámbito de las grandes organizaciones internacionales. En el marco de las Naciones Unidas, de la OECD, de la Unesco, que no se ocupan del gobierno de cada nación sino de la buena marcha del planeta, la colaboración para el manejo conjunto de los asuntos que competen a varias naciones se designa con el concepto de la *global governance*. La palabra también se ha aplicado, en el lenguaje de los administradores de las grandes empresas, a la participación de gerentes, filiales y otros colaboradores en el correcto funcionamiento de la firma. Si el negocio se desenvuelve bien, sin números rojos, con buenos índices de productividad e innovación y sin conflictos en su interior, ello significa que la *governance* es buena.

Hoy, en Quebec, los politólogos se preguntan cuál es el papel de los gobiernos nacionales, las organizaciones de la sociedad civil, los organismos internacionales y las fuerzas del mercado en una buena *governance*. Dicho de otro modo: ¿compete exclusivamente a los gobiernos organizar y conducir la sociedad o, como está sucediendo, por ejemplo en los países de la Europa occidental, estos gobiernos

deben compartir el poder con otras fuerzas y actores que tal vez no tomen las mejores decisiones posibles, pero que, cuando se hayan elegido mecanismos para solucionar problemas, garantizan el consenso necesario para llevarlas a cabo? De hecho, el neologismo no es sino una nueva forma de llamar a las concertaciones, a los mecanismos coordinados de decisión (consejos, cámaras, etcétera) y de reivindicar el papel del gobierno como responsable de esa coordinación frente a las fuerzas disruptivas del mercado que, pese a lo dicho por Adam Smith y por Milton Friedman, no ha comprobado aún su capacidad de garantizar el bienestar en forma equitativa a toda la sociedad.

El congreso se convierte así en un tribunal académico del neoliberalismo y sus excesos. No se trata de denunciar la persistencia de las injusticias sociales y las asimetrías económicas, sino de analizar si es posible establecer puentes sociales entre la economía y la política con que los gobiernos y las organizaciones de todo tipo sean capaces de intervenir para reducir injusticias y desequilibrios. Nuevas fórmulas de coordinación entre los actores sociales y políticos deben favorecer la participación de una sociedad civil organizada, mejor informada y dispuesta a intervenir en la vida pública por encima de diferencias partidarias e intereses económicos.

### 3 de agosto

Tres temas laterales ocupan la atención del congreso de IPSA en las horas de café. La fallida reunión entre los dirigentes judíos y palestinos en Campo David, las elecciones de México y la reunión del Partido Republicano en Filadelfia para elegir a George Bush su candidato a la Presidencia de los Estados Unidos. En coincidencia con las ideas del congreso y para sorpresa de seguidores y opositores, el Partido Republicano llama a un balance entre las necesidades de la sociedad y las del mercado. Su liberalismo a ultranza parece dar paso a una propuesta intermedia que, tal vez, busca una mejor *governance* con una mayor participación de la sociedad estadounidense. Los politólogos sonríen, satisfechos.

Ningún tema despierta sin embargo más interés que el del triunfo de Vicente Fox y la transición democrática mexicana. La competencia real entre partidos, la brusca transformación del PRI en un partido político de oposición, la firmeza democrática de Zedillo, el papel desempeñado por el Instituto Federal Electoral (IFE) y el encumbramiento oportunista de los partidos pequeños son objeto de innumera-

merables discusiones en las mesas de café y, eventualmente, surgen en los encuentros sobre temas diversos que forman parte del programa. Ello ocurre porque otro de los grandes objetos de discusión del congreso es la democracia: democracia como forma de régimen y democracia como forma de vida. Democracia que se limita a garantizar la elección libre y periódica de representantes o democracia como procedimiento que se sigue en todas las instancias de la vida colectiva. "¿Son democráticas las organizaciones no gubernamentales?", pregunta una de las ponencias. "¿Tienen procedimientos para elegir representantes y tomar decisiones?" "¿Saben sus integrantes de dónde provienen los fondos que las sostienen?" Democracia es información, canales de comunicación y espacios de intercambio en la sociedad, tanto como elecciones libres y relevo de dirigencias.

La democracia se vuelve exigencia en todos los continentes. En la misma mesa, politólogos de Corea, Ucrania, Alemania y Hong Kong discuten el problema de las transiciones. Mañana hablarán del tema especialistas provenientes de Sudáfrica, los Estados Unidos, Inglaterra e India. En una incisiva ponencia, Paul Hirst se interroga respecto al grado de participación de la sociedad de cada país que respalda las decisiones adoptadas en los organismos internacionales. La *governance* mundial, afirma, se basa con frecuencia en resoluciones que carecen de consenso en las sociedades de donde provienen los representantes en esos organismos. Democracia limitada, pues, en un mundo que hoy erige la participación y la inclusión en sus más importantes valores políticos.

En esas discusiones, el tránsito mexicano es objeto de asombro, de beneplácito y, con frecuencia, de suspicacias. Las transiciones en el mundo no se han logrado sin contratiempos y sin retrocesos. No se descarta un fortalecimiento del presidencialismo ni un giro hacia procedimientos de fuerza en la solución de conflictos. Se coincide en la necesaria reforma del PRI y se ofrecen explicaciones al eclipse del PRD, de cuya actuación se desprenden lecciones para todos los partidos de izquierda en diferentes latitudes. Preocupa la magnitud de las dificultades que encontrará el nuevo gobierno y los márgenes de maniobra de que dispondrá para responder a innumerables demandas sociales. Junto con el no resuelto programa en Medio Oriente y el desenlace electoral en los Estados Unidos, México es, sin duda, uno de los temas de la agenda oculta del congreso.

El Palacio de Congresos de Quebec es un enorme edificio del cual solamente un piso asoma sobre el nivel de la calle. El resto es subterráneo, como resulta común en muchos otros

edificios de Canadá, contruidos para facilitar el tránsito durante los largos meses de invierno. Largas escaleras eléctricas nos comunican a un complejo diseño de pasillos que conducen a las muchas salas en donde se desarrolla la reunión de IPSA. Un piso intermedio lo ocupan por completo comercios, restaurantes y bancos. Hay también un paso por debajo de la calle hacia el Hotel Radisson, en donde se lleva a cabo el trabajo de otra parte de las mesas. En el área de registro una gran sala equipada con computadoras recibe a los participantes que atienden sus asuntos académicos y se comunican con sus familias por Internet.

A lo largo de todo el laberinto, los politólogos pasan en apresurado silencio. "¿Por qué todo el mundo es tan hosco en los congresos?", nos pregunta Paco Durand, colega peruano que viene a participar en una mesa sobre empresarios y política en América Latina —una de las razones por las que yo me intereso en la reunión—. Es cierto sólo en parte. La gran mayoría de los asistentes venimos a encontrar a los amigos y nos queda poco tiempo para hacer otros nuevos. El tiempo no ayuda: cinco, diez minutos entre una sesión y otra en un congreso donde se llevan a cabo alrededor de 150 mesas diarias: los viejos colegas se saludan, se abrazan, intercambian tarjetas y direcciones de correo electrónico, luego siguen apresurados a la sesión siguiente.

Al mismo tiempo, como en todos los congresos, se forma un segundo nivel de reuniones: las discusiones de una sesión se prolongan en el café; en los intermedios se hacen tratos, se preparan nuevas reuniones, se ve pasar a los viejos y nuevos gurús de la disciplina. Por ahí andan Michael Crozier, Seymour Martin Lipset, Guy Peters, Guillermo O'Donnell —cuya presentación me perdí el primer día— y Phillipe Schmitter —quien, con su aspecto de turista de Miami (lentes oscuros, camisa verde floreada), es uno de los ponentes más taquilleros del congreso: desde la Universidad de la Unión Europea en Florencia, Schmitter ha desarrollado notables aportes al estudio de las nuevas formas de organización en Europa, del papel que desempeñan las asociaciones, de la transformación democrática de Europa oriental y, por supuesto de la governance. El escenario quebequense ha favorecido una excelente reunión con mis colegas empresariólogos: Renato Boschi y Eli Diniz de Brasil, Ben Ross Schneider de la Northwestern University de Illinois, Celso Garrido de la UAM-Azcapotzalco y Alejandra Salas de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Fuera de estos dos últimos, hay pocos mexicanos. Me dicen que están Rogelio Hernández y Fernando Castañeda, pero nunca los veo. Encuentro en cambio a

Ulises Beltrán, que viene a una mesa sobre encuestas políticas (con él y Estela, su esposa, disfrutaré una muy agradable cena en la Calle Saint Paul), y, muy brevemente, a Isidro Morales de la Universidad de las Américas. Otros congresos han tenido una amplia participación de académicos mexicanos. Este año, tal vez por causa de las elecciones, quizá por la huelga de la UNAM, somos muy pocos los que hemos acudido a esta fiesta de la ciencia política, donde México es uno de los temas fundamentales.

#### 4 de agosto

Preocupa a los politólogos la fuerza de grandes compañías que trascienden países y gobiernos e imponen al mundo formas de vida y políticas comunes. Imposible hoy imaginar el mundo sin la Coca-cola, Microsoft o Nike. La gran empresa extiende su lógica corporativa y demanda la reducción de los aparatos políticos a su mínima expresión. Así, la defensa de las estructuras gubernamentales y estatales se vuelve tan importante como la de los valores culturales y la propia historia. No obstante, los nacionalismos y regionalismos parecen procesos disruptivos que tienden a desestructurar e impiden consolidar tendencias nuevas.

Los gobiernos, en su expresión más amplia, siguen siendo importantes en tanto sean los responsables de la elaboración del presupuesto nacional, afirman algunos, al tiempo que diferentes ponencias demuestran cómo, aunque no desaparece como tal, el Estado ha debido transformarse para crear nuevas instituciones que respondan al mundo globalizado. La experiencia de la Unión Europea es observada de cerca, para aprender de sus aciertos y errores. Schmitter subraya que, en contra de las teorías que esperaban la conformación de un Estado supranacional en un proceso ascendente, la experiencia europea muestra que se mantienen las fronteras y sobreviven los Estados nacionales mientras que los grupos sociales interactúan en diferentes niveles regionales, nacionales, o locales de acuerdo con los intereses que defienden. También a este respecto la coordinación de diversas fuerzas políticas permite el avance de las políticas públicas.

El Tratado de Libre Comercio (TLC, o Nafta, como se conoce entre los especialistas) es también objeto de atención en las numerosas mesas sobre el tema de la integración de mercados y su efecto sobre las formas políticas. Se discute la influencia modernizadora de dicho convenio, sus consecuencias económicas desiguales para los tres países que

lo suscriben y para los diferentes sectores económicos, pero, principalmente, las formas de negociación que ha generado y que constituyen una referencia obligada para otros grupos de países que avanzan hacia acuerdos regionales similares.

En este asunto, nuestros anfitriones no son entusiastas. Anglo y francocanadienses coinciden en el escaso efecto dinamizador que ha tenido el TLC sobre su economía y se preocupan por el avance cultural de su vecino al sur de la frontera. La última escaramuza, a raíz de un impuesto a los cigarros decretado por el gobierno canadiense, concluyó en el retiro del impuesto ante la imposibilidad de contener el contrabando de cajetillas a través de la línea limítrofe con los Estados Unidos. Es curioso constatar cómo los canadienses no consideran a México tanto un competidor económico como un eventual aliado en contra del gigante.

A unas horas de Quebec, conservadora y hasta un poco puritana, está su hermana cosmopolita, Montreal. Lo que allá son las fiestas de la Nueva Francia, llenas de nostalgia y orgullo por la historia, aquí son las fiestas de la francofonía, espacio de libertad y creatividad. Prestidigitadores, malabaristas, músicos y actores alternan sus presentaciones en las calles que circundan la Place des Arts, convertida en enloquecido escenario. En el torbellino confluyen hermosos adolescentes de ambos sexos (se distingue a los varones porque tienen el pelo recogido en una cola de caballo y a las chicas porque lo usan cortado al rape), travestis, grupos multirraciales, niños que se dejan retratar por los dibujantes callejeros, turistas ancianos que caminan con cara de permanente asombro, hombres y mujeres de todo el mundo que se reúnen, sin prisas, en una noche tibia de música francesa, artesanía de estaño, aromaterapia y crepas con cerveza.

Montreal no es cosmopolita sólo por el turismo. Su geografía urbana está definida por los diversos grupos de inmigrantes que fueron ocupando secciones de la ciudad: chinos, alemanes, italianos, judíos, griegos. A pesar de que el idioma oficial de la provincia es el francés, Montreal se reconoce como ciudad que tiene una considerable proporción de habitantes de habla inglesa, debido a lo cual prácticamente todo montrealita es bilingüe. El ambiente relajado y amable de la ciudad refleja tal vez esta convivencia multicultural que le imprime una peculiar fisonomía urbana y un agradable clima intelectual. No es de menor importancia que en Montreal se encuentre McGill, una universidad con una estructura inglesa y profesores de habla inglesa que, sin embargo, guardan excelente relación con la francoparlante Universidad de Quebec à Montreal (y, ya

encarrerados, no es ocioso recordar que McGill es el alma máter de Stephen Leacock, uno de los padres fundadores de la moderna ciencia política y hombre reputado por su buen humor).

Sin renunciar al análisis histórico que toma en cuenta las contradicciones sociales, pero despojada de la camisa de fuerza marxista, la ciencia política ha rebasado también el esquema de la caja negra con demandas y respuestas. En el congreso de Quebec hemos percibido un indudable repunte de la disciplina. A través de sus principales expositores, se manifiesta una ciencia política que inventa conceptos, elabora hipótesis y propone teorías explicativas de alcance medio. Probablemente hay más preguntas que respuestas, pero el hecho mismo de formularlas rompe con viejos esquemas y permite un acercamiento fresco al fenómeno del poder en un mundo globalizado y crecientemente democrático. La asociación que se creó en 1949 por iniciativa de la Unesco (la misma iniciativa, por cierto, que, recogida por Lucio Mendieta y por el rector Luis Garrido dio origen a la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM dos años después) ha cambiado sus preocupaciones iniciales referentes al mantenimiento de la paz mundial, el orden político y el ejercicio de la diplomacia en los años posteriores a la segunda Guerra. Hoy, las organizaciones de la sociedad civil, los derechos humanos, la relación entre poder y justicia, la libertad de las mujeres y de las minorías, las formas de medir y comparar el ejercicio de la democracia, los límites de la soberanía, la relación entre funcionamiento económico y sistema político, la distribución del poder en la sociedad y las alternativas intermedias de participación ciudadana son los temas fundamentales de una ciencia política renovada que se interroga respecto a la nueva conformación del mundo contemporáneo.

Quienes tenemos una formación inicialmente sociológica sentimos que las líneas que limitaban los territorios de las disciplinas hermanas de la sociología y la ciencia política se diluyen y permiten un recorrido más fluido de conceptos hacia uno y otro lado. Desde Quebec, una reflexión política dinámica e incluyente convoca hoy a los especialistas a hacer propuestas para la organización y el gobierno de la sociedad del futuro. Esperemos que las propuestas avancen en operatividad y que las nuevas voces en el estudio de la política sean escuchadas por quienes tienen en sus manos la toma de decisiones.

Quebec-México, agosto de 2000 ♦